

¡FUERA!;CRUCIFÍCALE!

FLAGELACIÓN, CORONACIÓN Y ECCE HOMO [295]

Meditación – 2025

Soy el Padre Sergio Pérez, Superior de la Comunidad Monástica a cargo del Santuario del Bautismo del Señor, en Jordania. Toca en esta meditación y contemplación, dentro de la tercera semana de los ejercicios, dar algunos puntos para meditar sobre una parte de la Pasión de nuestro Señor, que es la Flagelación, la Coronación de espinas y el Ecce Homo.

Estas tres partes de la Pasión forman parte del proceso de Nuestro Señor ante el Tribunal Civil, ante Pilatos.

Recuerdo la historia (pueden verlo en los sinópticos). Yo tomo **Juan 18, 28-40**, y que es un poco la parte previa a los misterios que vamos a contemplar. Propiamente la flagelación, la coronación y el Ecce Homo se encuentran en **Juan 19, 1-9**.

Recordemos que el proceso y juicio de Jesús ante Pilato tiene siete momentos, entre el capítulo **18, 20-40**, y el **19,1-9**.

En primer lugar, los judíos presentan a [Jesús] a Pilato con una acusación muy general. Dicen que es un malhechor.

«Pilato salió fuera, donde estaban ellos -los judíos- y dijo, ¿qué acusación traéis contra este hombre? Dicen los judíos, “si éste no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado”. Pilato le dijo, “tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley”. Los judíos respondieron “A nosotros no nos está permitiendo dar muerte a nadie”. Y así se cumplía la palabra que Jesús había dicho al señalar de qué muerte iba a morir». (**Jn 18, 29-32**)

O sea, ya habían decidido de antemano, antes del juicio, que tenía que morir. Esa fue la primera parte, el primer momento de la Pasión.

Luego, sigue el diálogo de Pilato con Jesús, que culmina con la afirmación de que Jesús es rey.

«Pilato entró de nuevo en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo, “¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús contestó: “¿Dices esto por ti mismo o te lo han dicho otros de mí?”. “¿Acaso yo soy judío?” Respondió Pilato, “Tu gente y los príncipes de los sacerdotes te han entregado a mí, ¿qué has hecho?”. Jesús respondió: “Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis seguidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí”. Pilato le dijo: “¿O sea que tú eres rey?”. Jesús contestó: “Tú lo dices: yo soy rey. Para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”». (**Jn 18, 33-37**)

Ese es el segundo momento.

El tercer momento, Pilato intenta salvar a Nuestro Señor, preguntando al pueblo reunido en la plaza si quieren que suelte al rey de los judíos. Y el pueblo elegirá a un ladrón, homicida, que es Barrabás.

«Yo no encuentro en él ninguna culpa. Vosotros tenéis la costumbre de que os suelte a uno por la pascua. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos? Entonces volvieron a gritar “A ese no, a Barrabás”. Barrabás era un ladrón y homicida». **(Jn 18, 38-40)**

Y luego viene el momento que nos interesa, a partir del capítulo **19, 1ss**, que diríamos es la parte central, el cuarto y quinto momento.

El momento central es la flagelación y la coronación de espinas, los primeros tres versículos del capítulo 19, y el Ecce Homo que llega hasta el versículo 7.

«Entonces Pilato tomó a Jesús y mandó que lo azotaran. Y los soldados le pusieron en la cabeza una corona de espinas que habían trenzado y lo vistieron con un manto de púrpura. Y se acercaban a él y le decían, “¡Salve rey de los judíos!” Y le daban bofetadas». **(Jn 19,1-3)**

«Pilato salió otra vez fuera y le dijo: “Mirad, os lo voy a sacar para que sepáis que no encuentro en él culpa alguna”. Entonces Jesús salió fuera llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Pilato les dijo: “Aquí tenéis al hombre” -Ecce Homo-. Cuando le vieron los príncipes de los sacerdotes y los servidores gritaron: “crucifícalo, crucifícalo”. Pilato les respondió: “Tomadlo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él”. Los judíos contestaron: “Nosotros tenemos una ley, según la ley debe morir porque se ha hecho hijo de Dios”». **(Jn 19,4-7) (Ecce Homo)**

Hasta ahí el quinto momento.

Luego llega el sexto, un segundo diálogo de Pilato con Jesús dentro del pretorio, tratando de averiguar algo más sobre el origen de Jesús.

«Cuando oyó Pilato estas palabras tuvo miedo y volvió a entrar en el pretorio y le dijo a Jesús: “¿De dónde eres tú?”. Jesús no le dio respuesta alguna. Pilato le dijo: “¿A mí me hablas así, no sabes que tengo potestad para soltarte y potestad para crucificarte?”. Jesús respondió: “No tendrías potestad alguna sobre mí si no se te hubiera dado de lo alto, por eso el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado”. Desde entonces Pilato buscaba cómo soltarlo, pero los judíos gritaban diciendo: “Si sueltas a éste no eres amigo del César, todo el que se hace rey va contra el César”». **(Jn 19,8-12)**

Este es el sexto momento. Después del diálogo de Pilato con Jesús, los judíos se enfurecen y presentan contra Jesús una acusación: “se hace rey”. Primero “se hacía hijo de Dios”, ahora “se hace rey, por tanto, va contra el emperador”.

Y finalmente, el séptimo momento es cuando Pilato, presionado por el pueblo, que ya no grita solamente “quítalo de nosotros”, sino “crucifícalo”, lo entrega para que sea crucificado.

Concretamente lo que veremos ahora, que es la flagelación, la coronación de espinas y el Ecce Homo, están comprendidos en los primeros nueve versículos del capítulo 19.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

La historia: (Jn 19,1-7).

Composición de lugar:

Pensar en el palacio de Pilato.

Petición:

[193] 3º *preámbulo*. El tercero, demandar lo que quiero: será aquí dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va el señor a la pasión.

PUNTOS

1- FLAGELACIÓN

Del juicio ante Herodes Cristo es llevado a la casa de Pilatos.

¿Qué hará Pilato de este reo que Herodes le ha devuelto de una forma nueva? ¿Declararlo inocente, porque es un loco?, (venía vestido con un hábito blanco propio que se ponía a los enfermos mentales). Él ya había hecho notar a los judíos que Herodes coincidía con él en declararle sin culpa; pero viendo la ira, la furia del pueblo, encuentra otra fórmula, tan injusta como la primera, pero todavía más cruel: “Le daré un buen castigo para que escarmiente y no piense más en las necedades pasadas” (**Lc 23, 16**). Lenguaje de la iniquidad y de la injusticia presentando como una nueva resolución de la prudencia. Jesucristo es inocente, pero conviene buscar un calmante para la furia judía.

Y por eso es entregado para ser flagelado. Aquí podemos contemplar con devoción los tormentos que Pilato juzgó que serían un mal menor para Cristo. El primero de estos fue la *flagelación*, un castigo que era para los culpables y los culpables viles. Un ciudadano romano, por ejemplo, no podía ser azotado. Por eso San Pablo lo rechazó, como nos cuenta **He 25,11**, y apela al César.

Era un suplicio vergonzoso porque era una deshonra ser desnudado delante de la multitud. Era un tormento cruelísimo por los dolores que causaba. Los instrumentos eran varas, látigos de cuero y azotes terminados en puntas de madera, de hueso o de hierro. Los romanos permitían hasta 76 golpes, y más de una vez la víctima moría o quedaba parálitica para siempre.

Parecía que en Cristo no se pusieron límites y se presentó el tormento como un espectáculo público delante de la multitud para conseguir el fin que Pilato se proponía, que era el de ablandar al pueblo por la conmiseración, por la compasión.

Aquí podemos detenernos y contemplar este doloroso misterio que fue tan querido y tan amado por las almas santas. Desnudan a Jesús con violencia, con menosprecio, con burlas. Le atan fuertemente a una columna que le llega a la cintura, quedando profundamente inclinada la cabeza hacia el suelo y comienza la lluvia de golpes que le dan los verdugos azuzados por los gritos de los judíos sanguinarios.

En poco tiempo sus espaldas quedan amoratadas, hinchadas y enseguida revientan por todos lados ríos de sangre abundante que corren por todo el cuerpo, produciendo un gran charco en el suelo. Esto se contempla bastante bien representado en la película de la Pasión. Entonces los azotes caen sobre la carne viva que destrozan, llegando hasta los huesos. Pensemos los dolores, no podemos imaginarlo. Jesús gemiría tenuemente, su alma se elevaría hasta el Padre celestial ofreciéndole aquel cruento sacrificio. Por su corazón pasarían todos los hombres de todos los tiempos, tanto pecadores como santos. Cristo ama a todos, por todos ofrece, por todos ruega. Ahí estamos también nosotros con nuestros pecados.

Cuando Jesús más parece una víctima consumada que un hombre castigado lo desatan y cae desvanecido, descoyuntado en el charco de su sangre y allí temblando de dolor y de fiebre, abandonado de todos como un perro que se muere, procura alcanzar sus vestidos y con gran dificultad y dolor trata de colocarse sus vestidos por pudor.

Tomemos nuestra parte en esta flagelación. Recordemos aquellas palabras de San Pablo; *«Cumplo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo por el bien de su cuerpo que es la Iglesia» (Col. 1,24)*. Es decir, el cuerpo místico de Cristo a lo largo de los siglos, ha sido azotado y sigue siendo azotado. Cuánta persecución, cuántos sufrimientos y martirios en este siglo XXI. Ese cuerpo místico que es azotado como fue azotado un cuerpo físico que estamos contemplando. Este cuerpo caído del suelo, lleno de heridas, bañado en sangre. Estas dos flagelaciones juntas -la del cuerpo físico y la del cuerpo místico- constituyen la flagelación total de la Pasión de Cristo para la redención del mundo y para la aplicación de esta redención a cada miembro particular. Para nosotros queda la parte que nos toca según la disposición de la Divina Providencia. Ésta parte de golpes que han de caer sobre mis espaldas serán también las de Jesucristo porque somos miembros de su cuerpo. Y esos golpes que caen sobre su cuerpo místico, que caen sobre mí, son todas las cruces que esperan su turno en mi vida. Pueden ser golpes contra mi salud corporal, contra mi honra, contra mi fama. Golpes sobre mi cuerpo por enfermedad, sobre mi alma. Si acertamos a verlo así, no como un pensamiento piadoso, sino como una perfecta realidad, nuestros dolores, nuestros sufrimientos serán realmente un complemento de la Pasión de Cristo. Así como la Pasión de Cristo -el Cristo físico- es la parte principalísima de mi pasión. De los dolores de ambos se forma una sola Pasión, que es a la vez de Cristo y mía.

2- LA CORONACIÓN DE ESPINAS

El segundo castigo fue el de la coronación de espinas. Este tormento parece que fue una invención de los soldados, pero esto mismo prueba con qué largueza Pilato entregó el Señor en sus manos para que lo castigasen e hiciesen de él lo que quisieran. Debió posiblemente influir el proceder de Herodes, que lo había mandado de vuelta vestido de blanco como un candidato al trono real. Por tanto, habrán pensado los soldados, es hora de coronarle, que no le falten los honores, las dignidades a las que aspira.

Tan pronto como Jesús se levanta del suelo, después de los azotes, cubierto con sus vestidos, los soldados lo llevan de la plaza pública al patio del palacio y allí, reuniendo a toda la cohorte romana, determinan hacer una ceremonia de coronación. Buscan un vestido acorde a este propósito: será el manto andrajoso de cualquier soldado el que servirá de púrpura real. El cetro será una caña, tan vacía y frágil como el cetro de su imperio y luego la corona. Con golpes de sus palos para no lastimarse los dedos, le clavan en la cabeza aquel tejido de espinas entrecruzadas que penetran dentro, con dolores vivísimos y que hacen manar ríos de sangre brotando por todos lados.

Por los rincones del patio resuenan las risotadas, las burlas, los gritos. Los soldados, uno tras otro, van a hacer gestos de subordinación, es decir, doblan la rodilla en tierra con la fórmula “AVE, REX IUDAEORUM”, salve rey de los judíos (**Jn 19,3**). Palabras burlescas que van acompañadas de bofetadas, de salivazos, de golpes con la caña sobre las espinas de la cabeza.

Aquí también detenernos un momento y contemplar a Jesucristo rey de burlas, de humillación. Se nos presenta vestido de púrpura tal como lo vio el profeta Isaías «¿Por qué está rojo tu vestido? Y está tu ropa como la de aquellos que pisan la vendimia en el lagar» (**Is 62,2**). El vestido de púrpura en realidad de nuestro Señor será su propia sangre. Por eso Jesús es para la Iglesia «El esposo de sangre» (**Ex.4,25**). Decorado con esa púrpura, coronado con la corona de sus desposorios se presentará a su esposa más glorioso que Salomón y nosotros seremos convidados a esta boda (**Cant 3,11**). Los nombres de *esposo* y *esposa* no son aquí puras metáforas. La esposa no es solamente la Iglesia como dice San Pablo, «gran misterio es el del matrimonio» (**Ef 5,32**), que lo aplica a Cristo y a la Iglesia, sino que también cada alma enamorada de Cristo está llamada a desposarse con Jesús. Entre Jesús y el alma hay un matrimonio más estrecho que el matrimonio corporal. Este último hace de dos uno en la carne. El de Jesús y el alma se hace uno en la vida sobrenatural, en una unión mucho más alta y verdadera.

En esta contemplación se nos ofrece el espectáculo de este santo desposorio que tiene por vestido de púrpura la sangre de Jesús que le cubre de arriba abajo, y que tiene por joyas una corona de espinas.

Esta ceremonia burlesca termina con un puntapié derribando de su asiento a este Rey improvisado entre los más horribles escarnios y burlas.

3- ECCE HOMO

Tercer y último punto, el Ecce Homo. El misterio del Ecce Homo, aunque materialmente lo ejecutó Pilato, parece dictado por el Eterno Padre, por Dios Padre, para presentar a Jesús con todas las características del Redentor y no sólo a la multitud reunida delante del Pretorio de Jerusalén, sino a los hombres de todos los tiempos.

Es evidente que las palabras de la presentación: *Ecce Homo*, toman un sentido y una trascendencia infinitamente superior a la intención con que la pronunció Pilato.

Pilato, después de los azotes, sale para ver con sus propios ojos cómo le había dejado el castigo de los azotes a quien él había condenado, no por ser culpable, sino por una estrategia para librarlo de la muerte y quedó espantado al ver cómo los ejecutores de la sentencia habían abusado de todas las leyes hasta ponerle en trance de muerte.

Pilato se habrá impresionado sensiblemente viendo un cadáver más que un hombre, un ser destrozado más que una persona. Puro sentimentalismo. Sentimentalismo que de pronto se combinó con otro recurso de los suyos para evitar siempre el compromiso, para deslindarse de responsabilidades.

Él habrá reflexionado así: “Si presento a este hombre al público, por la lástima que da, les arrancaré un movimiento de compasión. De esta manera evito el compromiso en que me han puesto y le libero a Jesús de la pena capital”. Este Pilato no era capaz de reparar en la injusticia y en la vileza de este procedimiento.

El espectáculo que proyecta es para Jesús más duro aún que la pena que acaba de pasar. Pilato, sin pedir permiso a Jesús para su intento, le manda que le siga como quien tiene sobre la víctima potestad y miedo de muerte, para presentarlo ante el público.

Y aquí no nos cansemos de contemplar estas dos realidades misteriosas: Por un lado, *contra Jesús todas las injusticias parecen tolerables*. Y por otra parte, *Jesús acepta todas como buenas*, porque con ellas expía las infinitas injusticias de toda la humanidad. Por esta razón posiblemente no resiste la obra de Pilato y lo sigue.

Pero no es solamente Pilato, en esto hay que ver que Pilato es simplemente un instrumento, es el Padre Celeste, el Padre Eterno que lleva a su Hijo Santísimo al público espectáculo y no sólo al reducido número de judíos enfurecidos, sino de todas las almas santas que florecerían a lo largo de todos los siglos. Cristo aquí es el esposo de sangre y le cuadra admirablemente el estado de martirio.

Pilato, movido por sus pensamientos mezquinos y egoístas, saca a Jesús fuera del Pretorio y desde un lugar elevado y visible lo presenta a la turba apiñada en la plaza, pronunciando esas breves palabras: “*Ecce homo*”, que significan: “Mirad, mirad el hombre que me habéis presentado como pretendiente del reino de los judíos. ¿Cómo está? Que no parece ya ni rey ni hombre. Me he conmovido al verlo en este estado”, pensando que recibiría una reacción parecida de parte del pueblo.

También aquí miremos a Jesús nosotros. ¡No parece el mismo a quienes lo conocían! Aquella figura fuerte, bien plantada, ahora se lo ve encogido, encorvado, como si le hubieran arrancado a zarpazos la carne de todo el cuerpo, y tiene más de esqueleto

sangrante que de figura humana. Aquella cabeza es un revoltijo de cabellos y espinas empapado en sangre. Sus ojos son dos brazas de fuego. La boca se asemeja a una terrible herida de lanza. Las mejillas no tienen forma alguna, ni belleza, ni dignidad. El pecho y las espaldas son una llaga. Las manos atadas deben hacerse violencia para aguantar la caña, este cetro de burla que le habían colocado. Y todo el cuerpo tembloroso, sin equilibrio, a cada momento parece que va a caer.

Pero separemos un poco esta escena, elevémosla un poco para ver desde otra óptica, este Ecce Homo.

Dejemos a Pilato y miremos, y escuchemos, imaginemos al **Padre Celestial** que nos presenta también a Jesús y nos dice: *Ecce Homo*. “He aquí al Hijo del Hombre. He aquí al restaurador del linaje humano. He aquí el Redentor del mundo”. «*Este es mi Hijo amado, en quien tengo puestas mis complacencias*» (Mt 17,5). «*Así he amado al mundo, al punto de entregar a mi Hijo Unigénito*» (Jn 3, 16). A Él que no conoció pecado, por vosotros le hice pecado, a fin de que viniese a ser justificado por él (cf. 2Cor 5, 21).

«*En él he puesto las iniquidades de todos vosotros para salvar a mi pueblo. Él mismo tomó sobre sí vuestras dolencias, vuestros pecados, y cargó con vuestras penalidades*», con vuestras penas (Is 53, 4.5). Por lo cual, como dice el profeta Isaías, en el poema del siervo sufriente «*desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él cosa sana*» (Is 1, 6). «*Fue ofrecido en sacrificio porque él mismo lo quiso. No abrió su boca para quejarse. Conducido será a la muerte sin resistencia suya, como oveja al matadero*» (Is 53,7).

¡Qué presentación la del Padre Eterno, qué cosas tan elevadas y divinas nos enseñan! ¡Este misterio de iniquidad humana que queda esclarecido por un misterio de infinita caridad de Dios por nosotros!. Todo esto, el Padre lo permitió, lo quiso, para salvarnos de la condenación.

En segundo lugar, imaginemos ahora al **mismo Cristo**, este hombre desfigurado, que nos habla, se nos presenta: *Ecce Homo*, aquí me tienes, *Soy tu Redentor*, y por serlo me ves *Esposo de Sangre*. Soy el hombre tal cual el pecado lo ha dejado; la imagen del pecado, fealdad y sufrimientos.

Soy tu maestro, que te enseña la santidad más con la práctica que de palabra.

Soy tu rey, que te ha convidado a venir conmigo a la conquista de “**todo el mundo y de todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre**”. Ya ves cuan adelantado voy por el camino de la pobreza, de la humillación y del dolor. Acuérdate que “**quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me seguirá en la gloria**”, como dice la Meditación del Reino de San Ignacio.

Pilato se presenta ante los jueces para ver si se les mueve un sentimiento de compasión, para librarme de la muerte. Pero yo me presento a ti y a todos mis amigos no de ese modo, sino como demostración de mi amor, para que veáis hasta qué extremo, os he amado.

No quiero la libertad sentimental que pretende mi juez Pilato, antes bien deseo llegar hasta el fin, porque hasta allá va mi amor. Mi amor hacia ti, me hace padecer por ti. Procura

pues que tu amor hacia mí te haga padecer por mí, y así de dos amores formaremos un solo amor, y de los dolores un solo dolor: Yo en ti y tú en Mí (**Jn 14, 20**).

En tercer lugar -este Ecce Homo- veamos cómo lo recibe **el pueblo judío**.

En lugar del silencio de compasión que esperaba Pilato, comienza un rumor creciente como de tempestad, hasta que estalla el trueno y el relámpago del «*tolle, tolle*» (**Jn 19, 15**), “¡si quítalo, quítalo de nuestra vista!”. Y en esto podemos incluir todas las injurias, todas las maldiciones y blasfemias de que es capaz la boca humana movida por un odio satánico, y tendremos alguna idea de esta granizada que cayó sobre el Redentor.

Pilato quedó espantado, no esperaba aquella furia infernal, ni quizá creía que natura humana fuese capaz de tanta crueldad. Y todavía no ha vuelto de su espanto, cuando resuena otro grito estridente, “¡*crucifícale!, ¡crucifícale!*”. Es el veredicto de la democracia.

«*Tomadlo vosotros y crucifícadle, pues yo no hallo delito en él*», dice Pilato, ¡el pobre Pilato!. Da lástima por su miseria, creyó que podía jugar con las pasiones populares y se encuentra con fieras salvajes. Queda desprestigiado ante Dios, ante el reo, ante el rey y ante el pueblo.

Ecce Homo, como podemos decir ahora, aunque en sentido bien diverso; ved aquí a este hombre en toda su miseria: Pilato.

¡Pobre pueblo judío, enloquecido por pasiones satánicas, caído de la dignidad del pueblo de Dios!, ¡este es el pueblo escogido por Dios para hacer su herencia!. ¿Dónde ha venido a parar? En nombre de Dios, pide la muerte del Hijo de Dios.

Todos los odios son ciegos, pero el odio teológico, que es el que inspira Satanás, inspirador de la cultura de la muerte, produce una ceguera más obstinada que ninguna.

Se coloca en la boca de Cristo, pensando, “este pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿En qué te he agraviado?” Pareciera que el amor y los beneficios le hubieran hecho peor al pueblo.

Finalmente, no sería temerario pensar que en algún rincón de la plaza estarían los ojos y el corazón de su madre, **la Virgen Santísima**, mirando a Jesús.

Ella, con las mujeres y algún apóstol son los únicos que comprenden el misterio de la Redención que se está realizando. La escena de ahora se perpetúa en el mundo y el *Ecce Homo* de Pilato resuena en todos los tiempos, en todos los lugares. Nuestro Redentor azotado, coronado de espinas, vestido de púrpura en su sangre, rey de burlas, con los ojos bajos, con el corazón encendido de amor, que se ofrece continuamente por nosotros.

Y los hombres de esta inmensa plaza que es el mundo, que frecuentemente contestan diciendo “¡quítalo, quítalo, crucifícale!”.

¡Misteriosa obstinación del mundo, más misteriosa aún la constancia de Dios en amar y entregarse por los mismos que lo rechazan!. Pero hay que decir también que hay almas santas, las hubo y las hay, que saben mirar a Jesús, como la de María Santísima y de tantos santos que a lo largo de la historia de la Iglesia han consolado el corazón de Jesús.

ACTOS CONCLUSIVOS

Para terminar, hacer un coloquio frente al Cristo abrumado de burlas. Tal vez queremos seguirlo hasta cierto punto, por ejemplo, practicando actos de caridad, de devoción, pero siempre tratando de escapar a la hora de la Cruz. Si nos hemos ofrecido a sufrir con Él, quizá haya sido solo por cortesía o de palabra.

A veces consideramos que no hay que exagerar las cosas, que no hay que ser extremistas, y así cuando llega el momento del sacrificio nos burlamos. Acompañamos a Cristo mientras nos va bien, pero no hasta beber el cáliz de la Pasión. Si es cierto lo que le dijimos, que queremos afectarnos y señalarnos en todo servicio de este Rey Eterno y Señor Universal, no debemos espantarnos ni retroceder a la vista de Jesús coronado de espinas que nos invita a participar en esta realidad de despojo, de humillación y de dolor.

Recojamos ahora todos los propósitos de los Ejercicios en la Tercera Semana, en particular, la Reforma de Vida. Procuremos disipar todas las tinieblas de pensamientos, de imágenes de que a veces se visten los propósitos por quedarse en una región puramente ideal o imaginaria, la voluntad de primero y segundo binario, no del tercero, para ponernos en la verdadera realidad.

Y arrodillándonos a los pies de Jesús, coronado de espinas, cubierto por un manto de burla, con sus manos atadas, sosteniendo un cetro de caña, escupido, abofeteado, tratado con gran humillación, ofrecernos a participar realmente de todos estos sacrificios, encendernos en deseos de poder hacer de ellos algo de mayor estima y de mayor momento, como dice San Ignacio. Este es nuestro Rey, y no queremos tener otro inventado por el amor propio propagado por un cristianismo cortado a la medida de los afectos desordenados.

Jesucristo es el Varón de Dolores, no hay pena física o moral que no haya llegado a Él al grado supremo. Y contemplando esto, ¡qué son mis penas comparadas con las suyas! Ha de ser un gran consuelo que alguna vez podamos ponernos a su lado e imitarlo, aunque sea de muy lejos, para poder sufrir algo por Él. Ésto es ser cristiano o religioso de verdad y no de nombre. Si quiero ser uno de sus amigos íntimos, si quiero ser un apóstol en serio, he de ofrecerme sinceramente otra vez a pasar por Él todas las injurias, humillaciones y penas para más imitarle y mejor cooperar a la obra de la Redención.

Terminar esta contemplación con un Anima Christi.

Coloquio.